

EL GOLPE DE KOIZUMI

Junichiro Koizumi, elegido hace cuatro años tras prometer la «reforma» a cualquier precio, se ha asegurado ahora una mayoría aún más amplia con el mismo compromiso, sin haber realizado en todo este tiempo ningún progreso contra el malestar social o económico japonés. A pesar de ser el primer ministro que más tiempo ha permanecido en el puesto desde hace décadas, ha conseguido presentarse –sobre todo en la televisión– como la fuerza del cambio. El resultado de las elecciones del 11 de septiembre de 2005 a la Cámara baja ha sido saludado ampliamente como una conmoción histórica, tanto en Japón como en los medios occidentales. Koizumi sólo obtuvo, sin embargo, el apoyo del 29 por 100 del electorado y el 38 por 100 de los votos emitidos. Que el PLD (Partido Liberal Democrático, *Jiyu Minshu-to*) ocupe ahora el 62 por 100 de los escaños –296 de 480, 59 más que en la Dieta anterior– se debe más al inicio sistema electoral japonés que al entusiasmo de los votantes.

El motivo de la disolución de la Cámara baja (*Shugi-in*) el 8 de agosto de 2005 y el adelanto de las elecciones fue la derrota de las medidas de privatización del Servicio de Correos Japonés (SCJ, *Nippon Yusei Kosha*) propuestas por Koizumi. El proyecto de ley proponía dividir las cuatro entidades existentes del sistema postal (ahorros, seguros, oficinas locales y distribución de correo) en distintas empresas en 2007 y llegar a la privatización total en 2017. El proyecto fue derrotado por 17 votos en la Cámara alta, cuando 37 miembros del PLD votaron contra su propio gobierno. Convocar elecciones a fin de derrotar a una fracción del propio partido gobernante y disolver la Cámara baja (legislativamente superior) para castigar un voto negativo en la Cámara alta (*Sangi-in*) suponía, por decirlo suavemente, un estiramiento de la Constitución. La única disposición constitucional que prevé una confrontación entre las Cámaras de la Dieta, el artículo 59.2, dispone que el proyecto debía devolverse a la Cámara baja, donde se convertiría en ley si obtuviera una mayoría de dos tercios. Koizumi sabía que eso era imposible y, por eso, tomó la decisión de convocar nuevas elecciones.

Ninguna campaña electoral reciente, ni siquiera en Estados Unidos, ha dependido tanto del estilo personal. Al igual que Blair y Berlusconi, Koizumi

tiene cierto talento teatral y le gusta adoptar un aire bravucón de samurái. Sus camisas de cuello abierto, peinado inflado y apasionados gruñidos monosilábicos fueron lo más destacado de la campaña electoral a finales de agosto, respaldada por la promoción gubernamental en la televisión de una vestimenta veraniega informal. Se trató esencialmente de una campaña de un solo hombre, con Koizumi como su propio Karl Rove¹. Al primer ministro le gusta particularmente identificarse con el señor de la guerra del siglo XVII: Nobunaga Oda, y cita con regocijo una reciente popularización en la que éste ruga: «He decidido liberar al mundo de esa basura», mientras se lanza monte Hiei arriba, incendia el templo Enryakuji hasta los cimientos y masaca de paso a miles de monjes opositores budistas. Los diputados del PLD que habían votado contra la privatización del servicio de correos fueron parecidamente denunciados como traidores y rebeldes y expulsados del partido. Figuras de los medios de gran relieve sin experiencia política –una ex reina de la belleza, una repostera con un programa de mucha audiencia en televisión, etc.– fueron enviados como «asesinos», para competir con ellos en sus distritos electorales. Con los canales de televisión y los medios de comunicación de masas tras él, Koizumi tomó la iniciativa, se lanzó a por todas y convirtió las elecciones legislativas en un plebiscito con una sola pregunta; las elecciones eran sobre la «reforma» y la reforma significaba la privatización del SCJ: ¿Sí o No?

El eje del sector público

Washington ha venido presionando durante años en favor de la privatización del SCJ, sobre todo de la Caja Postal, que gestiona ahorros por valor de 3,3 billones de dólares. El SCJ es una institución única. Abarca no sólo la gestión de 25.000 oficinas locales –que sirven como centro social de referencia en muchas comunidades rurales e isleñas– y la distribución postal a escala nacional, sino también el principal depósito de ahorros y de seguros de vida del país, lo que lo sitúa a la cabeza del mayor depósito de fondos del mundo: más de 2 billones de dólares en cuentas de ahorro (*yu-cho*) y más de 1 billón en pólizas de seguros de vida (*kampo*), que representan alrededor de una tercera parte del mercado japonés. Sus activos son más del doble de los del Citigroup.

Pese a la falta de regulación brutal de los mercados financieros japoneses en 1998, y a los bajos tipos de interés que ofrece la Caja Postal –inferiores al 1 por 100–, la gente ha preferido confiar sus ahorros a la seguridad que ofrece ésta en lugar de exponerlos a los riesgos del capitalismo de casino. Esos fondos se han venido destinando a planes de desarrollo nacional bajo el sistema conocido como «Estado constructor» o *doken kokka*, establecido en la década de 1970 bajo el largo reinado oficial y oficioso de

¹ Asesor electoral de George W. Bush y, antes, de su padre, así como de otros políticos estadounidenses. Véase http://en.wikipedia.org/wiki/Karl_Rove [N. del T.].

Kakuei Tanaka². Ese desarrollo burocrático constituía, en algunos aspectos, una variante japonesa del Estado keynesiano del bienestar, dado que canalizaba los fondos de seguros y ahorros de la población hacia un amplio abanico de instituciones semipúblicas para la construcción de autopistas, aeropuertos, puentes y diques en el ámbito de un plan nacional global. Combinaba un aspecto de redistribución social y geográfica en todo el archipiélago con muchas oportunidades de chalanearse y de corrupción bajo la égida del PLD.

En su momento culminante durante la Guerra Fría, el *doken kokka* proporcionó a la población de Japón empleo vitalicio, educación universal y servicios sanitarios, bienestar empresarial y el sistema de lealtad a la empresa. Mucha gente creía en aquellos años que era de clase media. Sin embargo, el Estado constructor se basaba en el crecimiento. A finales de la década de 1980, cuando el exceso de capacidad seguía aumentando en la economía mundial y la tasa de crecimiento bajó, comenzaron a crecer sus deudas. Durante el largo estancamiento posterior a la burbuja en la década de 1990, el *doken kokka* se vio cada vez más desacreditado por el derroche en obras públicas, por la corrupción y por su atención a intereses particulares. Sus enemigos partidarios del libre mercado que militaban en el PLD cobraron mayor confianza.

La presión estadounidense en favor de la privatización del SCJ ha venido aumentando desde las negociaciones comerciales bilaterales de 1989, conocidas en Estados Unidos como Iniciativa de Impedimento Estructural, aunque el ministro de Asuntos Exteriores japonés prefiriera denominarlas *kozo kyogij*, «negociaciones estructurales», para evitar la impresión de una intervención perentoria estadounidense en los asuntos internos japoneses. El proceso fue descrito por un alto funcionario japonés como «equivalente a una segunda ocupación»³. Koizumi, que fue ministro de Correos y Telecomunicaciones, estuvo muy implicado en la ronda de negociaciones Clinton-Miyazawa en 1993 sobre la «apertura» de la economía japonesa. La opinión de Washington de que el control del sector público sobre la Caja Postal japonesa constituía un «impedimento» que debía ser desmantelado coincidía con los intereses personales de Koizumi al atacar a sus enemigos de partido; su primer padrino político había sido Takeo Fukuda, el duro rival de Tanaka en la década de 1970. Koizumi, elegido primer ministro en 2001, reabrió rápidamente las negociaciones con Washington sobre «telecomunicaciones, tecnología de la información, energía, dispositivos médicos y farmacéuticos, servicios financieros, política de competencia, transparencia, reformas legales, revisión de las leyes comerciales y distribución»; en resumen, sobre casi todo⁴. Las instituciones japonesas iban a ajustarse a las exigencias estadounidenses.

² Véase Gavan McCORMACK, «Romper el Triángulo de Hierro», *NLR* 13 (marzo-abril 2002), Madrid, Akal.

³ Tachibana TAKASHI, *Iraku senso, Nihon no unmei, Koizumi no kakumei*, Tokio, 2004, pp. 62-63.

⁴ Véase «Fact Sheets», Third Report to Leaders on US-Japan Regulatory Reform, 8 de junio de 2004 (www.ustr.gov).

La oficina del representante comercial estadounidense Robert Zoellick⁵ ha desempeñado un papel muy activo en la confección del proyecto de ley de privatización del SCJ. Una carta de Zoellick al ministro de Finanzas japonés Heizo Takenaka de octubre de 2004, presentada en la Dieta el 2 de agosto de 2005, incluía una nota manuscrita en la cual lo felicitaba por el espléndido trabajo que estaba haciendo. Cuando le pidieron explicaciones a Koizumi por esa aparente intromisión del gobierno estadounidense en una cuestión doméstica sensible, se limitó a expresar su satisfacción por el hecho de que Takenaka tuviera como amigo a una figura tan importante. Cuando Bush le planteó la cuestión de la Caja Postal en Nueva York en septiembre de 2004, se dice que Koizumi le respondió: «*Shikkari yatte ikitai*»: Haré cuanto pueda». Eso equivalía a un compromiso absoluto, y el presidente estadounidense expresó, como cabía esperar, su satisfacción.

Es difícil sobrestimar la envergadura de la oportunidad que supone para el capital financiero estadounidense y global la privatización de la Caja Postal de ahorros japonesa. Su finalidad, como dice la Organización del Comercio Exterior japonesa, es:

desarrollar una cultura bancaria y empresarial que pueda distribuir eficientemente el capital según los mecanismos de mercado y los supuestos básicos del análisis moderno del crédito [...] Supone un abandono definitivo de un enfoque que se basaba en la financiación gubernamental para adoptar un sistema autónomo y flexible basado en los principios del mercado⁶.

La privatización propiciaría el desarrollo de «mercados financieros y de capital más sofisticados y eficientes», al dirigir los ahorros japoneses al sector privado. Como consecuencia, JETRO [Japan External Trade Organization / Oficina Japonesa de Comercio Exterior] espera que las familias sean «mucho más receptivas a un abanico más amplio de instrumentos de inversión», con lo que «enormes cantidades de capital familiar refrenado se lanzarían a los mercados financieros privados». En Estados Unidos alrededor del 50 por 100 de los hogares poseen acciones, y el 36 por 100 comercian con ellas; las correspondientes cifras para Japón, con 127 millones de habitantes, son del 10 y el 3 por 100, respectivamente. «Hay un gran espacio para que crezcamos en su interior», decía un corredor de Bolsa.

La Caja Postal ha sido durante mucho tiempo el principal comprador –poco exigente– de los bonos del Tesoro japonés. La privatización rompería este vínculo, y los inversores privados y extranjeros que la sustituirían en ese papel tendrían la posibilidad, sugiere JETRO, de someter el gasto público a una disciplina más rigurosa. En cuanto a los inversores privados:

⁵ El 29 de abril de 2005 el presidente Bush nombró a un nuevo representante comercial, Rob Portman *[N. del T.]*.

⁶ Véase JETRO Newsletter en www.jetro.go.jp/usa/newyork/focusnewsletter/focus37.htm.

es menos probable que perdonen el déficit presupuestario crónico. También necesitan percibir una ratio riesgo-beneficio que equilibre eficazmente la capacidad de esos bonos de proporcionar estabilidad, liquidez, diversificación y exposición del yen con el tipo de interés ofrecido. Esa transición será difícil y la consiguiente presión hacia arriba sobre los tipos de interés podría frenar la recuperación económica de Japón.

De ello se infiere, pues, una prolongación de los altos niveles de desempleo y un nuevo deterioro del tejido social, mientras los crecientes tipos de interés agravan la crisis del déficit presupuestario japonés. A modo de tranquilizante, JETRO cita un estudio de Christian Broda, de la Reserva Federal de Nueva York, y de David Weinstein, de la Universidad de Columbia, que argumentan que, dado que se propone como fecha límite 2017, los funcionarios del gobierno japonés «cuentan con mucho tiempo y con margen de maniobra para cumplir sus obligaciones mediante impuestos más altos o mediante una reducción de las prestaciones y servicios»⁷.

Ninguna de esas cuestiones fue debatida públicamente durante la campaña electoral, ni tampoco hubo ningún análisis serio de las consecuencias de la privatización del SCJ para el futuro de la distribución postal y de las oficinas locales, especialmente en regiones remotas donde suelen servir como centros sociales. Bajo la legislación propuesta, una vez que las funciones se separen en cuatro compañías diferentes en 2007, los empleados perderán su condición de funcionarios, y las oficinas tendrán que funcionar con criterios de mercado. El papel de la Caja Postal de ahorros como respaldo para las innumerables tiendas familiares y para los pequeños negocios que constituyen todavía la espina dorsal de la vida cotidiana japonesa fueron también ignorados; es probable que sean eliminados una vez que los ahorros locales se inviertan según los criterios del capital global.

El voto de los freeter

Los acontecimientos políticos de 2005 tuvieron como telón de fondo un malestar social cada vez mayor, sobre el que ha presidido Koizumi. La amplia brecha entre los *kachigumi*, los ricos ganadores, y los *makegumi*, los pobres perdedores, con la desaparición de una clase media de 100 millones de personas, se ha convertido ahora en tema de novelas muy leídas. Durante los últimos cuatro años la reestructuración ha desbaratado aún más el sistema de empleo vitalicio, ya muy debilitado, y ha supuesto una significativa reducción de los salarios y beneficios sociales. Japón, célebre en las décadas de 1970 y 1980 por su asombroso grado de identificación de los obreros con su empresa, es ahora el país de la OCDE con el nivel más bajo de lealtad a la empresa y uno de los niveles más altos de desigualdad de renta⁸.

⁷ Christian BRODA y David WEINSTEIN, NBER Working Paper 10988, diciembre de 2004.

⁸ Yamada MASAHIRO, *Kibo kakusa shakai*, Tokio, 2005, p. 60; Tachibanaki TOSHIKI, «Jakusha no hinkonka ga kakusa o jocho shiteiru», *Ronza* (junio 2005), p. 103.

Más de un millón de familias dependen ahora de la asistencia social, y entre dos y tres millones no cuentan con ingresos reales y *deberían* recibirlos. El sector industrial perdió cuatro millones de empleos entre 1994 y 2004, muchos de ellos deslocalizados a China y otros lugares. Otros se han convertido en subempleos a cargo de *freeters*, trabajadores eventuales contratados a las empresas de empleo temporal. El aumento de la precarización ha sido espectacular; los trabajadores «no regulares» constituyen ahora el 30 por 100 de la fuerza de trabajo. El número de *freeters* –palabra obtenida al fusionar *free* con *arbeiter*– se duplicó entre 1984 y 2004, llegando a 4 millones, y se teme que crezca hasta 10 millones en 2014, con una proporción cada vez mayor de personas de mediana edad⁹. Estos trabajadores constituyen un nuevo ejército de reserva laboral para empleos de corta duración, en los que no se exige a los patronos que realicen ninguna contribución a la seguridad social, y en los que ganan aproximadamente la mitad del salario de los «regulares». Tras ellos están los dos millones de jóvenes clasificados como «sin empleo, ni educación ni formación». Los hijos e hijas desclasados de padres de clase media baja con empleos seguros en otro tiempo, se han mostrado particularmente susceptibles a las políticas agresivamente neonacionalistas y partidarias del libre mercado propaladas por Koizumi. El estridente neoconservadurismo de su campaña electoral, que provocó el sonrojo no sólo del *Asahi*, sino incluso del *Yomiuri*, puede que estuviera dirigido principalmente hacia ellos.

Desde que comenzaron a ponerse en práctica los planes neoliberales, el número de suicidios en Japón ha aumentado de 22.000 en 1997 a 32.000 en 2004, cerca de 90 diarios, lo que supone aproximadamente el doble de la tasa estadounidense; el aumento proviene especialmente de los varones de mediana edad y ancianos, por «razones económicas». Por cada suicidio «con éxito» hay cinco intentos fallidos. En mis visitas a Japón en los últimos años he oído demasiadas veces el escalofriante anuncio en el tren o en el metro de un retraso debido a un *jinshin jiko*, un «accidente con un cuerpo humano». Las pensiones constituyen una fuente especial de preocupación y se han generalizado los temores a un eventual colapso del sistema, dada la espectacular caída de la tasa de natalidad al renunciar las jóvenes a casarse. Según una encuesta del *Asahi*, la cuestión que más preocupaba a los votantes eran las pensiones y el bienestar (52 por 100), seguida por la economía y el empleo (28 por 100) y los asuntos exteriores y la defensa (9 por 100), mientras que sólo un 2 por 100 citaban la privatización del SCJ. Únicamente cuando la cruzada de Koizumi recibió una cobertura abrumadora de los medios se pudo detectar una pequeña mayoría en favor de la privatización. En las ciudades, en particular, donde vive el 65 por 100 de la población, a muy pocos les importaba si el correo lo distribuían funcionarios públicos o compañías privadas. La seguridad de sus ahorros y seguros era otra cuestión, pero esa preocupación no apareció en la campaña.

⁹ Tachibanaki Toshiaki, «Jakusha no hinkonka ga kakusa o jocho shiteiru», cit.; «2020s: Dark age of grayhaired freeters», *Daily Yomiuri* online, 6 de junio de 2005.

Oposición blanda

De hecho, durante toda una campaña electoral concentrada en el Sí o el No a esa cuestión, nadie en Japón sugirió que el servicio ofrecido por el SCJ fuera insatisfactorio. Koizumi se limitaba a reiterar su mantra *kan kara min e*, «del sector público al privado», en el que le hacía eco la oposición oficial, el PDJ (Partido Demócrata de Japón, *Minshuto*). Este último es una coalición inestable, un híbrido constituido por fracciones de centro izquierda y ex PLD que se escindieron y confluyeron durante la turbulencia política de mediados de la década de 1990. Debía en parte su aumento de 50 escaños en las elecciones de 2003 al apoyo financiero de la federación de empresarios, *Keidanren*, que trataba de promover un «segundo partido» para dar mayor fuerza a la agenda neoliberal contra los intereses estatistas del PLD, pero que en 2005 volvió a apoyar a Koizumi. La política social y económica del PDJ difiere sólo marginalmente de la del PLD; también apoya la privatización del SCJ, el «gobierno pequeño» y reformas constitucionales para «normalizar» la remilitarización de Japón, aunque se aventuró a sugerir que se debía poner una fecha límite para el papel del ejército japonés en el Iraq ocupado, un tema al que raramente había aludido desde las anteriores elecciones.

A diferencia de las camisas floreadas y de los giros de karaoke de Koizumi, el líder del PDJ Katsuya Okada aparecía con su traje negro como quintaesencia del asalariado; sus discursos eran serios y aburridos. La campaña del PDJ fue extremadamente convencional y no ofreció ninguna crítica real al tipo de sociedad que Koizumi pretende crear, ni siquiera una versión alternativa. Como consecuencia, Koizumi le pareció a la gente como «más anti PLD» que el propio Okada. El giro hacia el PLD se produjo principalmente en las grandes conurbaciones –Tokio, Kanagawa, Chiba, Osaka– entre capas que habían votado al PDJ en 2003, sensibles a los llamamientos insistentes al «cambio». Paradójicamente, esos «votos de protesta» se alinearon con el partido que ha permanecido casi ininterrumpidamente en el poder durante 49 de los últimos 50 años. Entretanto los «rebeldes postales», contra los que se habían convocado ostensiblemente las elecciones, retuvieron en su mayoría a su electorado (en gran medida rural). Una de sus principales figuras, Shizuka Kamei, antiguo jefe del consejo de investigación del PLD –que derrotó a su «asesino» designado, el millonario de Internet Takafumi Horie y ganó así por décima vez consecutiva las elecciones en su distrito– describió el Sí o No de las elecciones como un Sí o No a la subordinación japonesa a Estados Unidos y al abandono a la deriva de las zonas rurales japonesas y de sus habitantes más pobres y débiles¹⁰.

Resultados deformados

Pese a su medio siglo en el poder, el PLD no ha obtenido la mayoría de los votos populares desde 1963. Durante los años de la Guerra Fría le bastaba

¹⁰ Citado en *Shukan kinyobi*, 23 de septiembre de 2005, p. 19.

agitar el espantajo del comunismo, tanto el externo como el de los educados partidos socialista y comunista, basados en los sindicatos, en el interior. Su apoyo fue decreciendo durante las décadas de 1970 y 1980 al aparecer mezclados sus dirigentes, cada vez más turbiamente, en escándalos de corrupción, mientras Lockheed y Recruit se convertían en nombres familiares. Como en Italia, el final de la Guerra Fría convulsionó el sistema político japonés. En 1993 sucedió lo impensable: el PLD perdió las elecciones a la Cámara baja tras la escisión de varias fracciones importantes, y llegó al gobierno una coalición de corta vida respaldada por los socialistas. Tras su colapso, los socialistas tomaron la fatal decisión de formar un gobierno de coalición con el PLD; su líder, Tomiichi Murayama, pagó el precio de abandonar la política histórica de su partido sin dar más explicaciones y aceptó la legitimidad constitucional de la creación de un nuevo ejército japonés –la «Fuerza de autodefensa», el tratado de seguridad Japón-Estados Unidos y el *Hinomaru* y el *Kimi Ga Yo* como bandera e himno nacionales. En 1996 el partido (*Shakaito*) cambió su nombre por el de Partido Socialdemócrata (*Shakai Minshu-to*), se escindió –una parte se unió al recientemente formado PDJ–, se hundió y pasó de 136 escaños en 1990 a sólo 15 en 1996. Al mismo tiempo el PLD impuso cambios en el sistema electoral con el fin de restringir radicalmente la influencia de los partidos más pequeños, en particular la del PCJ (Partido Comunista de Japón, *Nihon Kyosan-to*). Las reformas de 1994 dividieron los viejos distritos electorales que se disputaban varios escaños de la Cámara baja en 300 circunscripciones uninominales en las que obtiene el escaño el candidato más votado según el sistema mayoritario estricto, lo que favorecía enormemente al PLD, mientras que otros 180 escaños se cubren mediante el sistema de representación proporcional.

Cuadro 1. Resultados de las elecciones a la Cámara baja japonesa, 2005

Partido	Colegio uninominal mayoritario	Representación proporcional			Total	ΔVariación
		Escaños	Millones de votos	Porcentaje de votos		
<i>Jiyu Minshu-to</i> (Partido Liberal Democrático)	219	77	25,9	38,2	296	+59
<i>Minshu-to</i> (Partido Demócrata)	52	61	21,0	31,0	113	-64
<i>Komei-to</i> (Partido por un Gobierno Limpio)	8	23	9,0	13,3	31	-3
<i>Nihon Kyosan-to</i> (Partido Comunista de Japón)	0	9	4,9	7,3	9	0
<i>Shakai Minshu-to</i> (Partido Socialdemócrata)	1	6	3,7	5,5	7	+1
<i>Kokumin Shin-to</i> (Nuevo Partido del Pueblo)	2	2	1,2	1,7	4	+4
<i>Shin-to Nippon</i> (Nuevo Partido de Japón)	0	1	1,6	2,4	1	+1
<i>Shin-to Daichi</i> (Nuevo Partido Daichi)	0	1	0,4	0,6	1	+1
Otros	18	-	-	-	18	+1
Totales	300	180	67,8	100	480	

Fuente: www2.asahi.com; para los datos en inglés, véase www.en.wikipedia.org/wiki/Japan_general_election,_2005, y en castellano en http://es.wikipedia.org/wiki/Elecciones_legislativas_2005_en_Jap%C3%B3n.

Ése es el sistema que ha dado lugar a la abrumadora victoria de Koizumi. De la lista proporcional, el PLD obtuvo 25,9 millones de votos, esto es, el 38,2 por 100 de los votos emitidos (ligeramente por encima del porcentaje de Blair pocos meses antes); pero gracias a las descaradas ventajas del sistema mayoritario uninominal, se quedó con el 62 por 100 de los escaños: 296 en una Cámara de 480. El socio de coalición de Koizumi, el Partido Budista *Komeito* (Gobierno Limpio), con el 13,25 por 100 de los votos emitidos, obtuvo 31 escaños, gracias a lo cual otorgó a la coalición gobernante una mayoría de dos tercios con 327 escaños (sin el apoyo del voto budista, pocos de los candidatos del PLD habrían podido ganar en los distritos urbanos en los que se elige un solo diputado).

El PDJ, por el contrario, pese a sus 21 millones de votos en las listas proporcionales (31 por 100), vio reducida su representación de 177 a 113 escaños. En el bloque de escaños elegidos por el sistema mayoritario estricto, sus votos disminuyeron tan sólo en un punto porcentual, del 37 al 36 por 100, pero sus escaños se redujeron a la mitad y pasaron de 35 a 17. Si el número total de votos se hubiera traducido en escaños con un sistema puramente proporcional, el PLD habría obtenido 183 y el PDJ 149, esto es, ningún terremoto. Por otra parte, el Partido Comunista de Japón, con el 7,25 por 100 del voto nacional, obtuvo el 1,9 por 100 de los escaños, y el Partido Socialdemócrata, con el 5,5 por 100 de los votos, el 1,5 por 100 de los escaños (la participación fue del 67,8 por 100, se recuperó algo frente a los mínimos de la década de 1990).

Como se ha señalado, los mayores bocados del PLD al PDJ se produjeron en las regiones metropolitanas. En el Tokio urbano, la relación entre ambos en el bloque de escaños elegidos por el sistema mayoritario estricto pasó de 12-12 a 23-1 y, además, quedaron fuera de juego dos rebeldes postales del PLD. En los suburbios de Chiba y Kanagawa en la región de Minamikanto en torno a la bahía de Tokio, el PLD le arrebató 14 escaños al PJD. En Kitakanto, donde los seudópodos urbanos del norte de Tokio se internan en territorio rural, el PLD obtuvo 5 escaños y derrotó a un rebelde postal. En la industrial Osaka el PLD redujo de 9 a 2 los escaños del PDJ.

Sin embargo, los avances del PLD en las pequeñas ciudades del Tokai, por ejemplo, fueron menos sobresalientes. A los rebeldes les fue bien en la rural Kyushu, en el extremo sur, aunque el PLD le comió terreno al PDJ en Fukuoka, el principal centro urbano de la isla. Un patrón similar se reprodujo en la rural Tohoku, en el norte, donde un rebelde postal mantuvo su escaño, mientras que el PLD avanzó con respecto al PDJ en Sendai, la mayor ciudad del distrito. En el oeste rural, como en Hokkaido y Shikoku, hubo pocos cambios. En los bastiones rurales tradicionales de Chugoku, en el suroeste, los rebeldes postales restaron votos a ambos partidos.

Hay que insistir otra vez en que el 35 por 100 de los japoneses viven en pequeñas ciudades y distritos rurales, una proporción mucho más alta que en la mayoría de los países de la OCDE. En total, diecisiete «rebeldes» ex PLD y otro independiente tuvieron éxito y ahora se sientan en el

rincón más remoto de la Cámara baja, bien como independientes o bajo la bandera de alguno de los pequeños nuevos partidos.

La manipulación del descontento

Koizumi logró el 11 de septiembre prácticamente un cheque en blanco para dirigir tanto el PLD como el país. Cuando se constituyó la nueva Dieta pudo regodearse de un dominio legislativo comparable al del *Taisei Yokusankai* (Movimiento de Respaldo al Gobierno Imperial) durante la Segunda Guerra Mundial. La paradoja de su victoria electoral es que, nacida de la inseguridad, del desclasamiento y del miedo social, aumentará la inseguridad, intensificará el desclasamiento y reforzará las tendencias sociales más retrógradas. Al mismo tiempo que abre la vía para la inversión en el mercado de valores de los ahorros del pueblo japonés, el gobierno la interpretará como un mandato en favor de su política exterior de «Gran Bretaña del Lejano Oriente» como esbirro de Washington en Asia. Esto suscitará una nueva ampliación de las fuerzas armadas (el gasto militar, con un 1 por 100 del enorme PIB japonés, es el segundo del mundo) para desempeñar un papel de vanguardia en la «mini OTAN» dirigida por Estados Unidos en Oriente, destinada a contener a China¹¹. El envío de la Fuerza de Autodefensa a Iraq y la aceptación tácita de la violación de la Constitución que esto ha supuesto han sido importantes pasos ideológicos en ese proceso. Que Iraq se mencionara aún menos en la campaña electoral japonesa de 2005 que en la británica ha supuesto una victoria adicional de los neoconservadores, tanto de Washington como de Tokio.

Las cortinas de humo y los señuelos de la campaña de Koizumi crearon muchas ilusiones. El PLD se presentó como una fuerza «nueva», decidida a combatir los arraigados intereses «burocráticos», y encabezada por un vigoroso líder iconoclasta. En realidad, el 30 por 100 de los candidatos del PLD eran políticos de segunda o tercera generación (como el propio Koizumi), y más de una sexta parte de ellos eran ex burócratas. El PLD ha seguido dependiendo –antes, durante y después de las elecciones– del apoyo de un partido religioso. Pese a las «ninjas con lápiz de labios» enviadas a competir con los rebeldes postales, el PLD presentaba sólo 26 mujeres como candidatas (de 346), muchas menos que el PDJ, y estaba decidido a revisar la garantía constitucional del artículo 24 sobre la igualdad entre los sexos.

Con la palabra «reforma» siempre en los labios, Koizumi está a punto de materializar los viejos sueños del ala más reaccionaria del PLD. Lo que quería decir con «reforma» era privatización y mayor subordinación al diseño neoimperial. Lo que quería decir con «liberarse de las facciones», o «destruir al PLD» era liberarse de las *demás* facciones y, de esta manera, exorcizar el fantasma de Tanaka en la maquinaria del PLD. Allí donde los

¹¹ G. McCORMACK, «La remilitarización de Japón», *NLR* 29 (noviembre-diciembre 2004), Madrid, Akal.

antiguos líderes se habían visto limitados por las realidades de la política en la Dieta o el equilibrio entre facciones dentro de su propio partido, Koizumi puede ahora dar un salto adelante. Durante la década de 1980, Nakasone se vio obligado a desistir de la ceremonia en el *Yasukuni Jinja* (Monumento a los Caídos), pero Koizumi no siente tal inhibición, compensa su postración ante Washington con el desdén ostentoso hacia las víctimas chinas o coreanas del Japón imperial. La revisión de la Constitución y de la Ley Fundamental de educación –para «limpiar las manchas de la historia japonesa» y restaurar el «orgullo nacional»– son elementos clave de su agenda. Los estudiantes pasarán ahora por exámenes de patriotismo.

Las tensiones entre la postura neonacionalista de Koizumi y su compromiso prácticamente incondicional con Washington se han resuelto casi siempre en favor de este último. Si antes los funcionarios estadounidenses, que llegaban a Tokio a dictar la línea política que debía seguir, acostumbraban a suscitar cierta oposición burocrática e incluso política por razones nacionalistas, bajo Koizumi aquellos que sermonean a sus homólogos japoneses en casi cualquier aspecto, desde la «necesidad» de mantener tropas sobre el terreno en Iraq hasta la de aumentar las importaciones de carne de vacuno estadounidense, son aclamados como «pro japoneses». A pesar de todo Koizumi raramente obtiene favores a cambio. En las dos ocasiones en las que sabe que lo ha intentado –su sugerencia de que Bush respondiera a la propuesta de Kim Jong Il de mantener una reunión, y su petición de un puesto permanente para Japón en el Consejo de Seguridad de la ONU– la respuesta fue fría. En la primera chocó con un «silencio pétreo», y a la segunda se le respondió con una larga amonestación sobre la necesidad de que Japón relaje las limitaciones a la importación de carne de vacuno estadounidense¹².

Los llamamientos en pro de una «reforma» han sido una constante de la política japonesa durante las dos últimas décadas, pero sus resultados siempre se han visto manipulados, frustrados o rechazados. La oleada de reformas que se inició a finales de la década de 1980 tuvo como acicate la irritación y el asco frente a la corrupción del PLD revelada en el escándalo de Recruit y en otros más, pero su amargo fruto fue el sistema electoral de 1994. Con él se consiguió marginar a las fuerzas de izquierda y crear el simulacro de un sistema de dos partidos, que realmente no es más que la confrontación entre dos alas de un único partido conservador. Entre ellas prevalece el consenso en cuanto a la prioridad de las demandas estadounidenses de cooperación en asuntos de seguridad y de políticas sociales y económicas neoliberales. En la oleada actual, la insatisfacción popular nacida de la «década perdida» –el estancamiento de los años 90– ha sido cínicamente canalizada en la campaña por la privatización del SCJ. El golpe electoral de Koizumi garantiza que a partir de 2017 el capital financiero global cuente con una nueva y poderosa influencia sobre la inversión de los ahorros, los tipos de interés y el gasto público japoneses.

¹² *Asahi shimbun*, 4 de enero de 2005; Jitsuro Terashima *et al.*, «Ogoru na Amerika, me o hiraku Nippon», *Ronza* (enero 2005).